

Tendencias del Estudio del Folklore en América en la Actualidad Necesidades y Perspectivas

Celso A. Lara Figueroa*
GUATEMALA

0. INTRODUCCION

La presente comunicación pretende hacer un recuento muy generalizado de las distintas tendencias que sobre el estudio de la cultura popular o folklore se han desarrollado en el continente americano en los últimos años. Pretende poner en valor la controversia surgida en torno a las distintas apreciaciones teórico-metodológicas del objeto de estudio del folklore, y la posibilidad de carácter práctico que adquiere el mismo en un continente de características pluriculturales y multiétnicas.

Los estudios del folklore han cobrado relevancia en las últimas décadas en el continente

americano, pero en particular en América Latina, de tal manera que, de acuerdo con sus propias especificidades culturales y étnicas y de acuerdo con su impronta histórica, el continente americano ha ido produciendo una serie de reflexiones propias en torno a la problemática de la cultura popular. Se ha intensificado su estudio e incluso se ha cuestionado su propio origen y se ha ahondado en la reflexión teórica-metodológica de cómo un accionar en las comunidades autóctonas de América.

Esta comunicación, pues, revisa a grandes rasgos las distintas tendencias de estos estudios

* Guatemalteco. Investigador Principal encargado del área de Folklore Literario del Centro de Estudios Folklóricos de la Universidad de San Carlos de Guatemala y Catedrático titular principal de la Escuela de Historia de la misma casa de estudios. Es Presidente del Comité de Folklore de la Comisión de Historia del Instituto Panamericano de Geografía e Historia; organismo especializado de la OEA, y edita en México la revista *Folklore Americano*. Ha publicado libros, ensayos y artículos sobre literatura popular, cultura popular, musicología y antropología en Guatemala y otros países de América Latina.

desde sus inicios en América, hasta su consolidación en la actualidad.

Pretende luego de revisar distintos puntos de vista, en torno al objeto de estudio y a las distintas formas de apprehender el problema, que desde ya hacemos énfasis, se debe al propio proceso histórico que matiza nuestros pueblos, para luego plantear las necesidades de abordar una tarea común en un contexto de necesidades y perspectivas, en donde la Comisión de Historia del Instituto Panamericano de Geografía e Historia pueda accionar en la cooperación técnica y en la búsqueda de un trabajo en conjunto que no sólo beneficie a los portadores mismos de la cultura tradicional, sino permita un trabajo que unifique en su base las acciones prácticas en el continente en un intento de conseguir una ciencia que refleje nuestra propia consistencia de pueblos consolidados y de cara al futuro.

3. ACOTACIONES SOBRE LOS ANTECEDENTES DEL ESTUDIO DEL FOLCLORE EN AMÉRICA.

Los estudios sistemáticos del folclore, se inician muy temprano en América Latina. Es hacia la década de los años 60 del siglo XIX, que en los distintos países se vuelve la preocupación por las tradiciones populares, en particular, aquellas expresiones que representan el sentir del común del pueblo. No es el propósito de este trabajo enumerar fechas y nombres de los estudiosos que en cada uno de nuestros pueblos iniciaron estos estudios, sino poner en evidencia que la primera tendencia que se vislumbra en el estudio del folclore en los países latinoamericanos es la de la búsqueda del alma nacional de estos pueblos que recién consolidaban su proceso independentista de España y se planteaban la necesidad de encontrar en las costumbres y las tradiciones populares la base de sustentación como nuevas naciones de corte positivista. Tal vez sea justo afirmar que se debe a los teóricos argentinos la perspectiva de estos años, los quienes manejan una más amplia y profusa sistematización a nivel teórico metodológico de la problemática del folclore, sentando las bases de lo que posteriormente será un fecundo campo de acción.

En cuanto a la América Anglosajona, la tendencia primera será la de seguir la propuesta clásica de John William Thoms, o sea la de estudiar la literatura oral (cuentos, leyendas, baladas, etc.) de los "grupos étnicos", y también comprendió siempre al folclore como una de las ramas de la antropología cultural.

Esta primera etapa de los estudios del folclore es muy importante en toda América, pues si bien se teorizó poco, sí se hizo una vasta recopilación de tradiciones populares en todo el continente. En unos países más que en otros, pero sí puede afirmarse que hubo una sistemática recopilación de tradiciones populares de distinta índole, tanto a nivel de la cultura material o ergológica como de la social y espiritual. Es decir, el espectro de las artesanías, los cantares, las fiestas, las ceremonias, la música y la literatura, entre otros fenómenos culturales se presentaron en forma concreta a los ojos de sus respectivos pueblos.

Esta situación de afianzamiento y consolidación sigue su curso hasta la década de los años 60 cuando encontramos ya, además de una preocupación por la sistematización de la recopilación folclórica, un intento serio y sostenido de plantearse un marco teórico metodológico referencial que guíe no sólo el concepto de folclore, sino también, proporcione una base de acción al investigador folclorista que quiera aproximarse a este campo. Nombres ilustres como los de Carlos Vega, el Dr. Atl de México, Augusto Raúl Cortazar, Alfonso Carrizo, Inés Moya —entre otros— dieron un primer andamiaje teórico al estudio del folclore.



Debe apuntarse que es en el cono sur los que trazan estos grandes lineamientos y permiten adentrarse y profundizar en el estudio del folklore.

Sin perjuicio que existen muchas tendencias en este primer momento, y sabiendo de antemano, lo confesamos que muchas de las teorías no las hemos mencionado, pero las sabemos, puede indicarse en la teoría de Augusto Raúl Cortazar el aporte teórico metodológico de mayor aliento.

Aquí, en apretada síntesis lo propuesto sobre la delimitación del fenómeno o hecho folklórico propuesto por el ilustre maestro argentino:

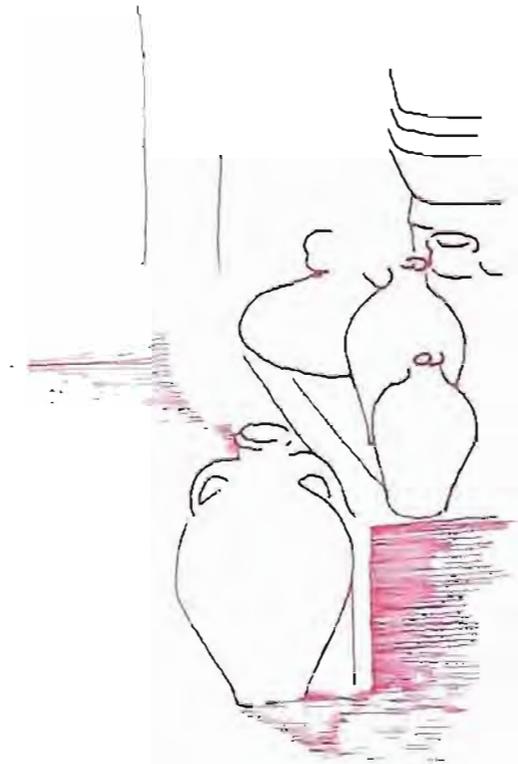
1. Los fenómenos folklóricos son producto de un proceso que, aunque lento es dinámico.

El folklore no es un fenómeno estático, fosilizado. Está en constante cambio, de acuerdo a las condiciones básicas socio económicas que le dan vida. El hecho folklórico se transforma sobre sus bases tradicionales. Y siendo producto de un proceso histórico formativo, las posibilidades que el folklore desaparezca son escasas. Es como apunta Cortazar, un río que fluye. El agua pasa, pero el lecho del río permanece.

2. Colectivos, socializados y vigentes

Sobre lo social del hecho folklórico ya he abundado, y Cortazar pone especial énfasis en aclarar su sentido: el hecho folklórico es colectivo, pero es necesario insistir que no interesa tanto a la ciencia del folklore el origen individual del fenómeno, sino que haya sido adoptado y reinterpretado por la comunidad, dejando de ser personalizado para convertirse en patrimonio colectivo.

Cortazar apunta con agudeza "que todos los sienten como propio". La vigencia social significa que el grupo los considera incorporados a su patrimonio tradicional, del cual todos "se sienten coparticipes aunque no intervengan personalmente en su expresión". Lo que es esencial, apunta Cortazar, es tener presente que los grupos populares velan por la conser-



vación de lo heredado, por su integridad y su carácter. Esta actitud explica que la vida tradicional del folklore se manifiesta en variantes renovadas sin cesar.

3. Los fenómenos folklóricos son populares

Expresión de un hecho asimilado colectivamente. No obstante el hecho folklórico no es aceptado mecánicamente ni imitado sin ningún cambio sustancial.

El hecho folklórico, al popularizarse, es reinterpretado, readaptado por el grupo social que lo hace suyo, el cual le incorpora sus propias características. lo que quiere decir que sufre un proceso de constantes adaptaciones, de acuerdo a las transformaciones generales de la estructura socioeconómica.

4. Los hechos folklóricos son empíricos y no institucionalizados

La difusión de los hechos se logra a través de medios no oficiales ni eruditos y a través del ejemplo y la manera tradicional de hacer las cosas.

5. Los fenómenos folklóricos son orales

Es decir, que su manera de transmisión es verbal, no se conocen por escrito, sino con verba, palabra.

La transmisión es de generación a generación, de mayores a menores, a través del ejemplo y la palabra. La oralidad debe ser entendida aquí en su más amplia acepción.

6. Los fenómenos folklóricos son funcionales

Cumplen una función dentro de la sociedad en donde se desenvuelven. Satisfacen necesidades del grupo social en que viven. Cuando dejan de cumplir funciones los hechos folklóricos empiezan a desaparecer.

7. Los fenómenos folklóricos son tradicionales

Quiere decir que tienen arraigo popular a través del tiempo. Un hecho folklórico pasa a integrar la herencia social que los miembros de una generación transmiten a otra. Asimismo, estos hechos tienen una herencia histórica incorporada que los hace hundirse en el pasado, pero vivir a plenitud en el presente.

Esa tradicionalidad nutre la conciencia de los hombres de hoy e integra funcionalmente la vida del pueblo como se verá más adelante.

8. Los fenómenos folklóricos son anónimos

La anonimidad del hecho folklórico es una cuestión importante, pero no decisiva. En principio puede argumentarse que el folclore es anónimo por naturaleza. El creador del hecho folklórico existió al principio del proceso, pero como producto de la socialización su nombre ha sido olvidado y, por tanto, perdido importancia. Se pierde en el largo camino de la transmisión verbal. Sin embargo, es necesario distinguir entre creador y portador. El creador se desconoce. Al portador se le identifica plenamente. Por otra parte, el carácter folklórico de un hecho social no se pierde si aún se conoce el autor del fenómeno, pues debe considerarse en un grado más avanzado del proceso de folklorización. Finalmente, el nombre desaparecerá.

9. Los fenómenos folklóricos están geográficamente localizados

Tal sea que esté en un pueblo chico, o en los barrios populares de una ciudad, el fenómeno tradicional puede localizarse geográficamente. Aunque realmente el folclore trasciende las fronteras políticas, si es factible ubicarlo con precisión. Está en un espacio determinado. No está en el aire.

Finalmente, hay que apuntar que para que esta caracterización tenga su merecida y utilidad como guía metodológica, debe ser utilizada en forma integral. Un criterio aislado por sí solo no puede servir.

A manera de síntesis, puede definirse el hecho folklórico como un hecho social que se caracteriza por ser popular, estar socializado, transmitirse por medios no institucionalizados, a través de la vía oral, estar localizado geográficamente, ser anónimo y tradicional, además de cumplir una función en la sociedad en que vive.

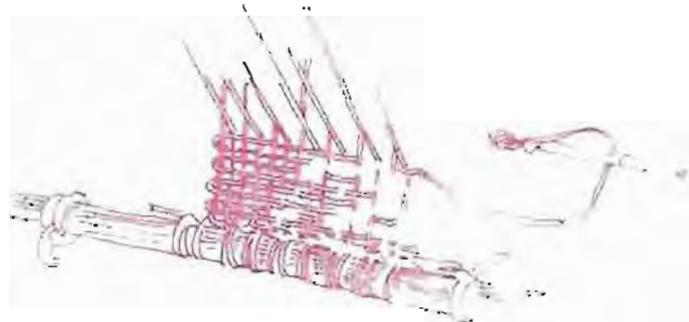
La sistematización anterior ha tenido plena aceptación en los estudios de folclore, y las críticas formuladas en su contra hasta hoy han tenido poco efecto.

Por un lado, estas críticas tienden a confundir más que a esclarecer la definición y delimitación del hecho folklórico, y por el otro se han manifestado sin ningún fundamento lógico ni científico, como la formulada por Carlos Vega.

Tal vez la más ágil crítica a estos precisos teóricos la ha formulado Manuel Delgado.

Delgado aduce que al salirse de esta manera al folclore se está tomando en cuenta como criterio básico a las cosas, al lore, con lo cual se olvida el elemento principal que es el hombre y la sociedad que produce el fenómeno folklórico. Indica el autor en su crítica que los folcloristas se han preocupado más por coleccionar cosas folklóricas, estudiar su estructura y difusión y han dejado de lado el análisis de las razones sociales de su permanencia y vigencia, y, sobre todo, las motivaciones sociales que hacen posible que dicho fenómeno se produzca en el seno de un grupo

social. En este caso reconozco que el maestro chileno tiene mucha razón. La gran mayoría de estudios de folklore hasta la actualidad han centrado su atención en el material mismo (en el lore). Se concen así asombrosas recopilaciones de fenómenos folklóricos, como las colecciones de cuentos folklóricos de Aurelio M. Espinosa y Yolando Pino Saavedra, los cancioneros de poesía de Alfonso Carrizo y los cancioneros musicales de Carlos Vega. En todos ellos, hay que reconocerlo, se realiza un minucioso análisis del fenómeno folklórico, pero se ha descuidado todo lo relacionado con el hombre que los produce y los problemas sociales de vigencia y aceptación por parte del grupo del fenómeno estudiado. En una palabra, falta interpretación de dichos materiales, que explique los por qué de su permanencia y a los cuales se aferran tantos y tantos hombres del campo y la ciudad.



Sin embargo, creo que los problemas planteados por Dannemann no son inherentes a los postulados teóricos propuestos, sino son problemas de orden metodológico y técnico. Es defecto de los folclorólogos el hacer mal uso, o no hacerlo, del método científico.

Los principios teóricos permiten examinar no sólo los fenómenos folklóricos en sí mismos, sino, además, al hombre que los produce, sus motivaciones, establecer su desarrollo histórico y predecir hacia dónde se desarrollarán. Permiten, pues, cuando se los aplica con rigurosidad científica, llegar a conclusiones ciertas.

Por otra parte, Dannemann ve estos principios con criterio estrecho y estático.

Estrecho, porque cree que ellos deben encasillar al fenómeno folklórico por la fuerza, sin percatarse de que dichos principios teóricos deben aplicarse con una óptica amplia, que abarque todas las posibilidades del fenómeno folklórico.

Estos postulados no son cajas ni moldes fijos en los que haya que encuadrar a los hechos folklóricos. Todo lo contrario, la realidad objetiva determinará las posibilidades de amplitud de aplicación de dichos postulados. Son, pues, abiertos. No cerrados.

Estático porque cree que estos principios teóricos limitan al fenómeno folklórico a tal punto que si se sale de estas casillas está condenado a morir total o parcialmente.

Al contrario, el fenómeno folklórico es dinámico y se transforma de acuerdo a las modificaciones globales que sufre la formación social a la que pertenece.

Al respecto dudo que folclorólogos tan eminentes como Cortazar, Carvalho-Neto, Areta, Díaz Castillo, Guevara y Moedano Navarro, hayan sustentado alguna vez la tesis de que el folklore está condenado a desaparecer con el arribo de la era moderna, de la máquina, de los viajes espaciales y el acelerado desarrollo de los medios de comunicación social; o bien, para hablar sin eufemismos, que la entrada de lleno del capitalismo en el campo y la instauración de regímenes socialistas que disuelven formas y concepciones de vida tradicionales, consideradas como folklóricas, tengan que desaparecer necesariamente.

La crítica de Manuel Dannemann, aunque saludable, está enfocada desde el ángulo de la concepción clásica de la ciencia, por lo que hay muchos puntos susceptibles de controversia, sobre todo su peculiar enfoque del fenómeno folklórico y la ciencia folklórica, pero no es este el lugar para refutar sus puntos de vista. Baste con lo dicho.

A manera de síntesis, debo recalcar que la importante de los principios teóricos delimitadores del hecho folklórico, es que han tenido confirmación en la práctica, y han servido como instrumento metodológico para deter-

minar con certeza cuando un hecho social es folklórico o no.

Su utilidad, pues, no quedaba comprobada, por lo que se ha convertido en teoría, que es un paso más próximo a la verdad, ya que el conocimiento científico se produce en el constante ir de la práctica a la teoría y de la teoría a la práctica.

Hemos hecho énfasis en este aspecto, porque, analizando con la perspectiva de los años, la teoría de Augusto Hail Cortazar todavía es utilizada y sin desactualizarse continúa siendo planteamiento serio.

Otro aspecto que ha preocupado mucho, y también es motivo de amplia discusión, es la ubicación metodológica, a nivel de epistemología de la ciencia del campo del folklore. En este nivel hay consenso entre los estudiosos de que el folklore es un conocimiento científico. Varían las posiciones en cuanto a la ubicación entre las ciencias antropológicas.

He aquí algunas consideraciones básicas.

Desde hace algunos años se ha venido consolidando la tendencia a considerar a la folklorología como una ciencia autónoma con sus propios métodos y características. Siguiendo esta corriente, he intentado demostrar en párrafos anteriores las posibilidades científicas de la folklorología. A la vez he tratado de demostrar que el hecho folklórico es en su esencia un hecho social que responde a características particulares.

Por lo tanto, si la folklorología estudia con criterio propio una parte del mundo de los hechos sociales, y posee rango científico, debe ser considerada como una ciencia autónoma, integrante con la sociología, la economía, la antropología, la historia, etc., del conjunto de las ciencias sociales.

Al respecto, el problema metodológico fundamental consiste en el hecho que no es posible fragmentar la realidad social al estudiarla, porque ello lleva inevitablemente al fraccionamiento artificial de las ciencias y disciplinas que estudian, formándose así los estancos independientes y separados. Ello hace perder, por otra parte, profundidad y perspectiva al



estudio de una realidad socio-cultural concreta.

El mundo de lo social, la realidad social, constituye un todo que no puede ser fragmentado, porque de procederse así, se pierde la visión de conjunto que es lo que persigue. Para entender ese todo existe un conjunto de ciencias particulares y autónomas interrelacionadas entre sí, las cuales con un objeto específico propio estudian un sector de ese todo social. A ese conjunto de disciplinas se les conoce como ciencias sociales, entre las que están la historia, la política, la sociología, la economía, la geografía, la antropología, la demografía, la folklorología, etc.. Pero hay que llamar la atención sobre un punto: ninguna de estas ciencias sociales abarca por sí misma toda la realidad social, sino sólo una parte específica de ese mundo. Ninguna puede arrogarse la posibilidad de abarcar por sí sola toda la realidad socio-económica.

La interdependencia entre estas ciencias sociales particulares y la unidad de la realidad social se pone de manifiesto cuando se trabaja a fondo con ellas.

La historia no puede entenderse si no se estudia con perspectivas del presente, ni la sociología está completa si no hecha mano de la historia. Lo mismo la economía no puede explicarse muchos hechos si no recurre a la sociología, a la política y a la historia.

La antropología, si no hace uso de la historia y de otras ciencias sociales, su estudio queda vacío. En la folklorología se tiene

claro que se estudian hechos del pasado" se recalca que debe estudiarse diacrónica y sincrónicamente. O sea que hace uso de la sociología, la historia y otras ciencias sociales.

Este mutuo paso de un campo a otro de las ciencias sociales nos lleva a pensar necesariamente que el objeto general, el mundo de lo social, es uno y las apreciaciones que las ciencias en particular aportan es sólo un enfoque de ese gran todo.

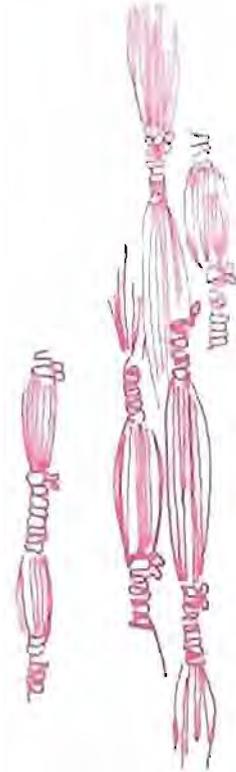
Todas tratan de llegar a cumplir su objetivo utilizando el método científico aplicado a las ciencias sociales. Aunque tengan existencia propia el gran campo que estudian es uno, lo que las hace tener una estrecha relación entre sí. Todas integran un conjunto, y dentro de ese conjunto corresponde un lugar a la folklorología.

Fernand Braudel, enfocando este problema, opina que es necesario tomar en cuenta las investigaciones que se hacen en ciencia social y observar "cómo estas investigaciones enlazan con un conjunto y ponen en relieve los nuevos movimientos de este conjunto". Este conjunto de que habla Braudel es el mundo de lo social, la realidad social indisoluble. El mismo autor agrega que si se quitan las barreras entre las ciencias particulares que estudian este conjunto y que impiden ver el mundo de lo social en su unidad, serían posible un flujo de ideas y técnicas entre las ciencias sociales, pero para que esto se lleve a cabo tiene que exigirse y hacerse investigación en conjunto.

Braudel reflexiona: "Desearía que las ciencias sociales dejaran provisionalmente de discutir tanto sus fronteras recíprocas, sobre lo que es o no es ciencia social, sobre lo que es o no es estructura (...) que intenten más bien trazar, a través de nuestras investigaciones, las líneas —si líneas hubiere que pudieran orientar una investigación colectiva y también los temas que permitieran alcanzar una primera convergencia". Esta investigación integral es lo que debe privar entre los científicos sociales, entendiéndose por investigación integral el análisis de la realidad social desde todos los ángulos: económico, sociológico, histórico, geográfico, folklorológico, demográfico, antropológico, etc.. Sólo así se logrará tener una justa

idea de la realidad social en que vivimos interactuamos.

Volviendo a la folklorología como ciencia social, sostengo que ella estudia un hecho social en particular, hace uso del método científico y posee objeto, técnicas, metas y fines propios, como lo he intentado demostrar, por lo que entra a formar parte de las ciencias sociales. Por ende, la folklorología es una ciencia especial, que estudia el hecho folklorológico que constituye un hecho más de la realidad



social. Claro que entiendo la folklorología en su sentido más amplia, como "el estudio de lo que el pueblo o las gentes hacen y viven, y formando en cuenta sus manifestaciones como productos humanos, y por lo tanto, haciendo énfasis en que el producto del hombre social es lo más importante de su estudio".

Esto no quiere decir que esté confundiendo folklorología y sociología. Sería un error decirlo. La folklorología tiene un mundo que estudiar y debe hacerlo con toda la amplitud de sus métodos y sus técnicas, pero debe tenerse presente que no puede quedarse en la fase de recoger y estudiar los materiales por los materiales mismos, sino debe trascender al mundo social al cual pertenece, y servir un aporte para comprender al hombre social, a la sociedad nacional, o, más ambiciosamente continental.

Si se reflexiona acerca de lo dicho se entiende por qué "a muchos folkloristas no les interesa sino el 'text', el saber, y no quieren ocuparse de los portadores. Eso —dice— es terreno de la etnografía, la sociología, etc."

En conclusión, la tendencia más discutida a la realidad es la que ubica a la folklorología dentro de las ciencias sociales, así como puede afirmarse que es una ciencia en el estricto sentido de la palabra, por lo que no depende de ninguna otra y se articula con todas. Su misión es estudiar un hecho social en particular; el hecho folklórico. Y, valga el caso contrario, el hecho folklórico es un hecho social que, por ende, integra al gran mundo de las ciencias sociales.

2. Las distintas tendencias del estudio del folcloro. De la consolidación a la múltiple.

A partir de la última de los años sesenta del siglo XX, el estudio del folcloro, partiendo de las bases iniciales, ha cobrado mayor fuerza, y sobre todo, con el desarrollo que los estudios antropológicos y sociológicos han tenido en América Latina, el surgimiento de teorías y la crítica al mismo tal como referencias se ha multiplicado.

A la par que se especializa la recuperación de los hechos folklóricos, las universidades han profundizado su preocupación por el estudio de la cultura popular con mayor énfasis tanto en el campo del folcloro mismo como de adscribir en el terreno de otras ciencias. En síntesis, el punto de partida de las distintas tendencias que abordan el campo cultural del folcloro, los años setenta o ochenta.

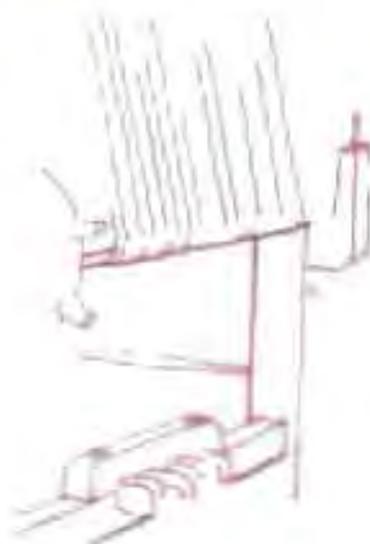
A ello hay que agregar que las áreas específicas de las distintas áreas socio-antropológicas de América Latina, y su triple problemática, han definido específicas formas de aprehender el estudio del folcloro.

Debe hacerse énfasis que la realidad social de Mesoamérica no es la misma que la de los países Andinos ni la de los países del cono sur y menos la del Brasil. Por lo que se han planteado distintas formas de análisis teórico metodológico que más que diseñar, son expresión de la propia especificidad de las culturas ame-

ricanas. A ello hay que agregar el ingrediente ideológico que matiza las posiciones de corte socio-político y que aparecen no sólo al interior de cada área antropológica, sino también en cada país del área.

De tal manera que pueden establecerse tres tendencias en los estudios del folcloro en el continente Americano:

- a) Los estudios frusto y arrojados, dedicados a descubrir el significado de la literatura oral en todas sus variantes, y que se dedican al estudio semiológico más especializado en los últimos tiempos a través de análisis formalistas.
- b) Los estudios de los grandes centros de producción antropológica en América Latina, ubicados en las áreas sociogeográficas mesoamericana, andina y tropical (Brasil), que pretenden estudiar con mayor profundidad la cultura popular y el folcloro, tomando en cuenta las interrelaciones sociales y culturales, y por primera vez, tomando en cuenta el factor étnico como determinante o sobredeterminante de las cuestiones culturales, económicas y sociales de estas países pluriculturales y pluriculturales. El folcloro se entiende como resaca de memoria colectiva, como preservador de valores ancestrales, que sobrevive, dentro de los cambios sociales, como actante y raíz de nacionalidad en el proceso de conformación de la identidad cultural de estos países y en el auto desarrollo de las sociedades latinoamericanas.



- c) La tendencia del cono sur, que comprende Chile, Argentina y Uruguay que partiendo de la posición clásica del folklore, analizan el fenómeno folklórico dentro del contexto cultural y del hecho folklórico, basándose, en particular en desarrollos peculiares que se caracteriza por la aplicación y/o criollización de teorías anglosajonas y europeas.

Además del fuerte desarrollo teórico-metodológico de la cultura popular en América Latina, la recopilación de elementos tradicionales en todos los géneros de la cultura (material o ergológica, social y espiritual), se ha incentivado; la búsqueda de la interrelación entre cultura popular y cultura de élite se hace cada vez más incesante.

De esta manera, el concepto clásico del folklore se ha ido superando en todo el continente para pasar a convertirse en la antropología de la cultura popular. Sin embargo, una de las necesidades que más se tienden a encontrar en América Latina en este campo es la incomunicación de los especialistas, la falta de intercambio de experiencias prácticas y teórico-metodológicas y la posibilidad de trabajo en conjunto, y lo más importante la falta de preparación de cuadros especializados a nivel intermedio, académico y de los surgidos de las propias comunidades, productoras de la cultura popular misma.

A ello contribuye la falta de reuniones académicas, las limitaciones de tipo político, social y financieras y la falta de medios periódicos de comunicación como son revistas y boletines. Algo de ello han realizado los organismos internacionales, regionales y subregionales como OEA, UNESCO, IADAP, CIDAP, entre otros.

Las perspectivas del estudio de la cultura popular son promisorias, pero requieren del trabajo multinacional, pluridisciplinario y el intercambio de experiencias. La ponencia presenta propuestas de acción para solucionar las necesidades planteadas e iniciar intercambios, en donde el Comité de Folklore del IPGH sea uno de los ejes generadores de reuniones académicas, formación de cuadros especializados en folklore, y medio propicio para realizar un trabajo científico latinoame-

ricano de rendimiento y auto-desarrollo propio y autónomo.

Esta definición, nos lleva de lleno a redefinir el campo de folklore. El folklore, que durante mucho tiempo fue estudiado como elemento "pintoresco", como "curiosidad", como material de erudición, es, fundamentalmente, una manera de concebir el mundo y la vida, implícita en determinados estratos de la sociedad y, por ello, opuesta a las concepciones "oficiales" (sectores cultos de las sociedades históricamente determinadas).

Precisamente porque el folklore entraña una concepción de la realidad no sólo distinta sino opuesta a la de las clases dominantes, su estudio puede llevarnos a comprender las causas sociales que explican la diferencia entre cultura popular y cultura moderna.

Entendido así, el folklore puede convertirse en instrumento coadyuvante de la cultura y la estética nacionales y en medio idóneo para acabar con esa superchería de los atavíos inauténticos, de los ballets "folklóricos", de las deformaciones artesanales.

Como en todo sistema de ideas, en aquellos que corresponden a las clases populares hay que distinguir entre las que se han fosilizado —conservadoras y reaccionarias— y las que siguen siendo creadoras y progresistas.

El folklore, al igual que todos los fenómenos sociales, está sujeto a transformaciones. Tal vez por ello —la tradición es creación incesante— sus aportes constituyan el elemento más genuino para forjar una cultura nacional.



2. EN TORNO A LA DISCUSIÓN DEL CONCEPTO DE FOLKLORE

Se llega así al momento más álgido de la discusión en el terreno del estudio del folklore. ¿Qué se entienda por folklore? ¿Es válido el término anglosajón para los países de América Latina y del tercer mundo?

Así se centra la polémica actual, en donde se intenta, por un lado conservar el antiguo concepto de Thoms sobre folklore, y los nuevos planteamientos surgidos en Mesoamérica y en el Área Andina, en donde folklore se va sustituyendo paulatinamente por el concepto de cultura popular.

Esta comunicación no es lugar para acotar la discusión. Creo que debe ser motivo de un acercamiento particular en su momento oportuno, pero sí puede señalarse que es necesario acercarse a las distintas objeciones para poder descentralizar los puntos de vista más objetivos.

Pero para iniciar este acercamiento teórico metodológico diremos que hacia los años ochenta hay una tendencia muy clara de sustituir el concepto de folklore, por más rígidamente y científicamente estrecho, incluso peyorativo y sustituirlo por cultura popular tradicional, cuya definición es de carácter teológico, pero es la que permite aprender un concepto en proceso de discusión.

Se entiende, entonces, por folklore o cultura popular tradicional a todas aquellas manifestaciones que se desarrollan en el seno de un pueblo, y que poseen características propias surgidas por los procesos históricos y sociales que las determinan. La Cultura Popular Tradicional es, por tanto, el crisol donde se refugian los valores más auténticos que una nación ha creado a lo largo de su devenir histórico y nutridos diameramente por la realidad socio-económica que vive su vida colectiva. Compreendida dentro de su contexto histórico, la Cultura Popular Tradicional es dinámica por excelencia; permite a los pueblos adaptarse a situaciones nuevas de vida y coadyuva a la transformación de su realidad circunstancia. Como elemento social que es, la Cultura Popular Tradicional se transforma de acuerdo a los cambios sustantivos de la nación a la que pertenece, pero como receptáculo de manifesta-

ciones socio-culturales ancestrales permite conservar en su seno lo más valioso del patrimonio del pueblo y, por ello, adaptarse con éxito a las transformaciones sociales. Los cambios de la Cultura Popular Tradicional no conllevan, pues, la destrucción o extinción de sus rasgos básicos, sino, al contrario, permiten conservar y enriquecer los aspectos propios, auténticos y genuinos que los mismos pueblos desean que permanezcan en el proceso de su auto desarrollo. En tal sentido, la Cultura Popular Tradicional se convierte en fuente insustituible de identidad cultural, como raíz de nacionalidad.

Por otra parte, si partimos del aserto general de que América es multiétnica y pluricultural, acercarse a su problemática cultural se torna de muy complejo. En mayor o menor grado, la cultura americana es mestiza por excelencia y fuertemente creadora en todas sus manifestaciones. Por ello se hace indispensable redefinir, también definir lo que entendemos por cultura.

En primer lugar, situemos la cultura en su contexto real: no puede hablarse de cultura "à secas", no puede entenderse la cultura en general, ni por lo tanto el arte en general, como tampoco el hombre en general, ya que son abstracciones que sólo tienen validez cuando se las enmarca dentro de límites históricos concretos. Con ello se quiere decir que tanto el hombre, como la cultura y el arte, son histórico sociales: son y serán, siempre, elementos concretos y objetivos.

Por tanto, debemos entender por cultura aquel complejo de elementos que conserva y sintetiza la experiencia colectiva que un pueblo acumula a lo largo de su devenir histórico. Es, en tal sentido, una memoria colectiva que se transmite de generación en generación como herencia social (no biológica), y capacita a los individuos, impregnándoles así de los valores, conocimientos y habilidades propios de ésta.

Sin embargo, los elementos de la cultura no están todos a un mismo nivel, sino jerarquizados. Ello implica que cada sociedad hereda y reestructura (reinterpreta, estrictu sensu), la herencia acumulada por su historia pasada, selecciona, jerarquiza, consagra sus elementos

culturales de acuerdo con las necesidades y aspiraciones de su presente práctica social. De este modo la cultura es la síntesis de valores materiales y espirituales que expresa, con su sola presencia, la experiencia histórica particular de un pueblo y representa los resultantes de su fisonomía social peculiar, su personalidad colectiva. Analizada así, la cultura ya no aparece como entidad abstracta y genérica, sino que se carga de contenido concreto; con sus determinaciones y cualidades sociales, regionales y temporales, como cultura nacional, esto es, como marco organizador de la autoconciencia nacional.

Entendida de esta manera la cultura, como resultante de procesos histórico-sociales concretamente determinados, podemos inferir que las diversas capas, grupos y clases que conforman una sociedad, elaboran y transmiten los valores de la cultura de manera diferente. De ahí que tengamos, en las sociedades latinoamericanas, dos tipos de cultura: la cultura oficial y la cultura popular —ambos tipos interrelacionados o independientes— que, de acuerdo con los intereses sociales que las determinan, interpretan en forma distinta los valores de la cultura.



Los grupos culturalmente hegemónicos tienen una cultura institucionalizada, en tanto los grupos subalternos la expresan por canales no institucionalizados, tales como la oralidad y la tradición.

En tal sentido, podemos decir que nos enfrentamos con dos tipos de cultura: la cultura erudita, oficial, pretendidamente universal, producto social de los grupos hegemónicos o dominantes y la cultura popular, producto social de los estratos subalternos, la cual manifiesta no sólo su carácter étnico y de clase, sino también el resultado de su interrelación con los grupos socialmente dominantes en los distintos procesos históricos de la sociedad nacional en que se desarrolla.

Cómo juega en este contexto el concepto de cultura popular tradicional?

La cultura popular, definida como cultura de grupos subalternos, no representa valores uniformes, sino que jerarquiza en su interior diversos elementos surgidos en virtud de los distintos procesos históricos.

Esto quiere decir que no podemos identificar la cultura popular con el folklore, en la medida en que este último sólo es parte de la cultura popular, pero no lo abarca toda. La cultura popular tradicional es, como apunta Antonio Gramsci, la parte más genuina de la cultura popular, la más auténtica, ya que expresa la concepción del mundo y de la vida de los grupos subalternos, que se contraponen implícita o explícitamente a los valores de los grupos hegemónicos. Gramsci nos hace ver, por otro lado, que la cultura popular tradicional no es un elemento puro y organizado, sino la suma de concepciones no elaboradas y asistemáticas que reflejan muchos elementos que han quedado rezagados de los distintos procesos históricos vividos por los grandes grupos sociales.

Lo apuntado anteriormente quiere resumir —ojalá lo hayamos logrado—, la polémica surgida en el campo de la definición del concepto de folklore.

La discusión ha sido planteada ya en los distintos medios de comunicación académica del folklore, —y *Folklore Americano* no se ha quedado al margen de ello, incluso, ha sido pionero en tal sentido en el continente—, sigue vigente. Baste citar lo apuntado por Martha Blache de Argentina al respecto en su último artículo sobre Folklore y Cultura Popular.

"...el reemplazo del nombre no resuelve los problemas de una disciplina, ni ayuda a dar cuenta de las particulares relaciones en que confluyen en sus componentes necesarios, ni a disipar la ambigüedad de la terminología corrientemente utilizada por los especialistas, ni a evitar las discrepancias existentes en todo campo de conocimiento. La solución no radica en sustituir el nombre, sino en mostrar la potencia explicativa que tiene la folklorística para interpretar los fenómenos de los cuales se ocupa, el sistema de comunicación que ellos generan en un grupo, y la relación que guardan con la estructura socio-económico-cultural en la que se manifiestan. Estas especificidades, a su vez, permitirán comprender la colaboración que folklore y cultura popular pueden brindarse recíprocamente" o bien, las propuestas teóricas de Manuel Dannemann, el ilustre folklorista chileno, cuya participación y presencia ha creado una escuela específica cuya influencia es amplia para los países del cono sur.

Pero lo importante en estos planteamientos no es el querer imponer un criterio sobre otro. No se trata de una lucha academicista, ni una lucha ideológico-política.

Se trata de encontrar en nuestras propias especificidades americanas las raíces de nuestra identidad nacional. Resaltar, como tan acertadamente señala el ecuatoriano Milton Chávez Ortega, que las especificidades de la cultura americana es el germen de su propia universalidad, y que, precisamente, estas definiciones y tendencias culturales en torno al folklore, surgen porque responden a realidades sociales diferentes, propias de cada región americana y de cada país del continente.

Hacer recetas para América es aleatorio y el esfuerzo está condenado al fracaso, de tal manera que las diferentes tendencias en torno a la definición del folklore o cultura popular tradicional, son el punto de partida para enriquecer más aún nuestras ciencias, hacerla más sólida, con conceptos teóricos propios, autónomos, enraizados en nuestras realidades sociales y culturales, y no simple transplante del otro lado del mar océano o del mundo anglosajón. Creo en la ciencia americana y latinoamericana, creo que somos capaces de formular nuestra propia ciencia, y creo firme-

mular nuestra propia ciencia, y creo firmemente que, a casi quinientos años del contacto con occidente estamos en capacidad de confrontar nuestro pensar científico y académico con el del mundo occidental a nivel de pares y de una discusión académica de altura. No creo en los sectarismos, sino en la mutua cooperación, en el profundo respeto entre nosotros los folkloristas o especialistas en cultura popular, y, en la medida de nuestras posibilidades, en nuestra capacidad de comprensión para encontrar las líneas mínimas de consenso que nos permitan trabajar en conjunto en beneficio de la cultura tradicional de los pueblos de América. Es una tarea que sólo la podremos hacer todos. Es un trabajo de todos y no individual. Esta es una tarea, que como diría el Popol-Vun de los mayas-quichés de Guatemala, involucra a todos los pueblos, "que todos caminen juntos y que nadie se quede atrás".

4. CONSIDERACIONES FINALES

Las distintas tendencias que se observan en América son producto de su proceso histórico y de sus diferentes formas de inserción a la economía contemporánea, por lo tanto deben ser objeto de estudio y discusión entre los distintos especialistas de las áreas de América.

No obstante, este aserto, para que no sea un enunciado lírico, debe tomarse en realidad con las siguientes propuestas que el Comité de Folklore formula ante este I Simposio Panamericano de Historia:

- a) Contribuir a que cese la incomunicación entre nuestros distintos países en el campo de la cultura popular. De esta manera la Revista Folklore Americano deberá ser el vocero y lazo —como lo ha sido hasta hoy—, de comunicación entre los distintos estudiosos de América, de tal forma que pueda ser reflejo de lo que se piensa en todo el continente y sea tribuna de discusión, de polémica y de planteamientos nuevos. Para que cumpla con estos fines debe definirse una política más ágil de distribución y una política de trabajo, pluralista, concentrada en un consejo editorial, bajo la presidencia del Comité de Folklore.

- b) Que el Comité de Folklore y el Comité de Antropología del IPGH trabajen en conjunto para hacer análisis más profundos sobre la problemática socio-cultural de América en general y de América Latina en particular.
- c) Que se realicen, bajo la coordinación del Comité de Folklore, una reunión técnica que permita la discusión amplia sobre políticas de trabajo, que priorice las necesidades de investigación, promoción y difusión de la cultura popular tradicional de América, con el objeto de trazar proyectos en común en los campos de la cooperación horizontal y vertical, a nivel de investigación, de la conformación de bancos de datos y centros de documentación, así como la elaboración de proyectos de trabajos en conjunto. Es necesario el trabajo en común para coordinar esfuerzos, desde las propias especificidades de cada país y cada una de las realidades sociales que lo rodean. La reunión propende encontrar los puntos básicos mínimos de consenso que permitan un trabajo fructífero y fecundo en el campo de la cultura popular en América Latina, para evitar la dispersión y sobre todo, la duplicidad de esfuerzos, acción tan común en el mundo americano.
- d) **Formación de cuadros de excelencia académica en distintos niveles para la investigación, promoción y proyección de la cultura popular.** Es indispensable la formación de recursos humanos en el campo del folklore en América. Para ello deberá tomarse en cuenta la experiencia acumulada de las universidades del continente y de los organismos del folklore de carácter regional y continental como IADAP, CIDEF, OEA y UNESCO.
- e) **Formación de bibliografías y atlas específicos sobre el folklore de cada uno de los países de América.** Para ello se cuenta con una valiosa herencia previa y una experiencia acumulada. Se hace necesario, entonces, un acercamiento en conjunto, para que así el relevamiento de la cultura tradicional de nuestros pueblos sea uniforme y pueda ser estudiada en

conjunto por todos. Creemos entonces, que el concurso del IPGH tanto en su Comisión de Historia y de Geografía se torna vital, ya que el trabajo interdisciplinario daría resultados óptimos para la conformación de un atlas de la cultura folklórica de América y una bibliografía del folklore americano. La experiencia americana en este terreno ya está sembrada, únicamente bastará hacer unificar esfuerzos para lograr frutos a un tiempo cercano y prudencial.

- f) Utilizar los mecanismos necesarios para el intercambio entre la perspectiva de trabajo anglosajona y la latinoamericana, en particular, abriendo espacios académicos con las universidades e instituciones que se dedican al estudio de la tradicional.

El contacto no deberá ser retórico ni academista, sino, fundamentalmente, tener como finalidad la del rescate de la memoria colectiva de nuestros pueblos, para la resiembra, para la resemanización de los legados tradicionales, y para lo cual, también la experiencia en América es vasta pero se encuentra dispersa.

- g) Encontrar los mecanismos necesarios para que los distintos organismos de la Comisión de Historia trabajen en conjunto, hacia la búsqueda de un fin: poner en valor la cultura del hombre americano.

Finalmente, quisiera decir que esta oportunidad que se nos ha brindado por la Comisión de Historia del IPGH es de suyo importante, pues nos permite reflexionar sobre los temas de nuestro interés, pero más aun, nos permite encontrar los mecanismos necesarios para trabajar en conjunto. Este es un deber ineludible del Comité de Folklore y de la Comisión de Historia del IPGH, que no puede eludir por ninguna causa, menos en estos momentos cruciales en que se debate América Latina en la búsqueda de sus raíces pluriétnicas y multiculturales. El reto está dado y las generaciones futuras nos pedirán cuenta de nuestras acciones en torno a ello.

REFERENCIAS BIBLIOGRAFICAS

- BATE, Luis F. *Cultura, clases y cuestión étnico-nacional.* (México: Juan Pablos Editor, 1984), p. 51-67.
- BONFIL BATALLA, Guillermo, "Lo propio y lo ajeno. Una aproximación al problema del control cultural" (en Cuadernos del CIESA, 1983), p. 183-191.
- GARCIA CANCLINI, Néstor. *Las culturas populares en el capitalismo* (México: Editorial Nueva Imagen, 1982), p. 61-89.
- . "Cultura y Organización popular" en Cuadernos políticos (39) 1984: 75-80.
- LARA FIGUEROA, Celso A. *Contribución del folklore al estudio de la Historia* (Guatemala: Editorial Universitaria, 1979), p. 137-169.
- . "Bases para una polémica: ¿Folklore, folclor o cultura popular tradicional?", 1986: (41/42): 31-34.
- LOMBARDI-SATRIANI, L. M. "Observaciones gramscianas sobre el folklore: Del 'pintoresco' a la contraposición", en *Antropología cultural* (Buenos Aires: Editorial Galerna, 1974), p. 15-34.
- MARGULLIS, Mario. *et. aiter. Cultura popular* (México: Premiá Editora, 1983).
- MONSONYI, Esteban Emilio. "Raíces de la Oralidad Indígena y Criolla", *Oralidad en la literatura y literatura de la oralidad* (Venezuela: Cuadernos de Investigación, Instituto Universitario Pedagógico Experimental, 1985), p. 12-30.
- NILS, CASTRO "Tareas de la cultura nacional", en *La Semana de Bellas Artes*, México: 27 de junio de 1979, p. 8.
- PRIETO CASTILLO, Daniel. *Apuntes sobre comunicación y educación* (Quito, Ecuador, CIESPAL: 1985), p. 21-40.
- RIBEIRO, Darcy. *Las fronteras indígenas de la civilización* (México: Siglo XXI Editores, 1973), p. 81-99.